



LOS DIOSES PERDIDOS

J.L. Olmo

LOS DIOSES PERDIDOS



Primera edición: marzo 2021

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© J.L. Olmo

ISBN: 978-84-18663-48-2

ISBN digital: 978-84-18663-49-9

Depósito legal: M-8235-2021

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano, 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

Capítulo I

Todo ocurrió en un momento. Alguien llamó al portalón y el portero abrió de par en par. El sirviente exclamó: «Alto, deteneos», y unos segundos después sentí un grito desgarrador, coceos y pifiares de caballos, carreras interrumpidas y el sonido metálico de las espadas. Me espanté y salí corriendo, pero Horeb me lo impidió sujetándome fuertemente de la cintura y tapándome la boca con sus grandes manos. A través de las rendijas de la puerta del patio pude ver a los causantes de aquel intrigante tumulto. Algunos jinetes blandían en sus manos las espadas manchadas de sangre. Otros habían descabalgado y penetrado en la casa, desde donde se escuchaba el ajetreo de sus alocadas carreras y desmesurados golpes. Uno de los intrusos se acercó a la puerta y empezó a golpearla intentando abrirla. El viejo jardinero me apretó fuertemente para impedir que gritara y, casi a rastras, me llevó hasta el interior de un oscuro cuarto donde se guardaban las herramientas. Cuando atravesábamos el umbral, apareció mi madre corriendo despavorida. Intentó gritar mi nombre, pero Horeb le hizo señas para que callase. Llegó y me abrazó con fuerza gimoteando. El fiel sirviente le tapó la boca para impedir que hablase mientras mirábamos horrorizados la puerta que estaba a punto de ceder. Horeb nos condujo hacia el interior y nos ocultó tras unas grandes celosías de madera que servían para sostener las enredaderas y él, que no cabía junto a nosotras, trató de esconderse en el lado contrario, pero antes de conseguir su propósito los intrusos lo descubrieron.

—¡Eh, tú! Maldito infiel. ¿Quién más se esconde contigo?

Horeb no respondió. Asustado, se limitó a negar con la cabeza. Sin duda había adivinado el fin que le esperaba. Un segundo después, se escuchó el silbido de la hoja de una espada y el ahogado grito del viejo jardinero en el momento en que la afilada hoja le segaba el cuello. Mi madre me abrazó con todas sus fuerzas, hasta casi ahogarme, impidiendo que gritase.

Uno de los hombres escudriñó la oscura estancia para asegurarse de que Horeb no les había mentido. Pasó tan cerca de nosotras que incluso podíamos escuchar su agitada respiración. Por un momento retuvimos la nuestra, hasta que alguien gritó:

—No hay nadie. Podemos irnos. Aprisa.

El hombre salió, yo asomé la cabeza y pude ver su indumentaria; calzaba unas *caligae*, empuñaba en su mano derecha un *gladium* manchado de sangre, no llevaba casco y vestía una túnica corta de color marrón. No tenía la apariencia de un simple sicario, sino la de un soldado.

Los intrusos parecían estar reunidos en el patio contiguo. El que los dirigía preguntó si habían matado a todos los de la casa. Algunas voces asintieron.

—No debe quedar nadie vivo, de lo contrario os arrancaré el cuello a vosotros —sentenció.

—La señora —dijo una voz—. Yo no recuerdo haber visto a la señora.

—¡Malditos! —tronó otra vez la voz del jefe mientras se escuchaba pifiar un caballo—. He dicho que no quede nadie vivo. Ni siquiera los esclavos. Menos aún los de la casa. Buscadla, rápido. No tenemos tiempo que perder. Y espero que esté muerta ya, porque si no os mandaré diezmar. Os mataré yo mismo con mis manos. Lo juro.

Otra vez escuchamos el desenfrenado alboroto de los hombres buscando por doquier. En principio dentro de la casa. Después volvieron al patio, registrando todos los rincones. Viéndonos perdidas, mi madre me señaló una angosta cavidad que se abría en un oscuro rincón, donde las perras guardaban su camada. Hice

un gesto de aprehensión, pero ella me empujó para que entrara rápidamente y, venciendo mi repulsa al nauseabundo olor, me introduje como pude mientras escuchábamos de nuevo las pisadas de los asaltantes acercándose.

—Aquí ya hemos mirado antes —dijo uno.

—Es igual, volvamos a mirar otra vez, y bien. Hay que encontrar a la mujer, si no, ese bruto nos mata —respondió otro.

Al sentir la inmediata presencia de los intrusos, sabiéndose descubierta, mi madre me dio un fuerte empujón tapando mi cuerpo con el suyo, pero los sicarios, pisando el cadáver de Horeb, que yacía bajo el umbral de la puerta, ya habían entrado.

—Ahí está —señaló el asesino.

Aterrorizada, intenté girar la cabeza para ver lo que sucedía.

—Mátala enseguida, que nos vamos —ordenó el otro.

—¡No! —sentí a mi madre gritar en el momento en que una espada la atravesaba y la sangre salpicaba mis pies.

Y al instante su cuerpo se desplomó.

Los sicarios marcharon rápidamente para dar cuenta a su jefe, sin percatarse de que, alargando las manos, yo tiraba por detrás de su vestido en un inútil y desesperado intento de salvarla, sin oír mis ahogados sollozos dentro de la cueva.

Apenas unos momentos después, escuché otra vez las mismas pisadas metálicas y la voz del jefe que los mandaba.

—Veamos si esta vez habéis acertado.

Aparecieron por la puerta cuando yo asomaba la cabeza por el estrecho agujero, llorando abrazada al cuerpo inerte de mi madre.

—¿Y quién es esta? ¡Inútiles! Os habéis dejado a la hija. ¡Malditos seáis! Matadla a ella también. Y si no, dejadme —sacó su espada—. Lo haré yo.

—Pisón —dijo uno de los sicarios asiéndole por el hombro—. Es virgen. Es muy joven. Seguro que es virgen todavía y tú no eres cristiano. Si la matas, es *nefas*.

—¿*Nefas*? —el hombre dudó un momento y me miró. De repente aquel frenesí asesino que parecía empujarle desapareció. Leí

el miedo en sus ojos—. Está bien. Ya sabéis lo que hay que hacer. Rápido. Tú y tú —señaló a dos de sus hombres—. Sujetadla.

Los dos sicarios me arrastraron, tendiéndome en el suelo, haciendo inútil mi esfuerzo por permanecer abrazada al cuerpo de mi madre. El que llamó a su jefe por su nombre empezó a sacarse el calzón mientras los otros me sujetaban. Entonces comprendí qué pretendían. Me agité con todas mis fuerzas y mordí la pierna de uno de ellos, que, gritando airado, me agarró del pelo, tirando, hasta hacerme soltar la presa y las lágrimas.

El dolor me hizo gritar y el herido alzó su pierna sangrante para pisarme la cara con sus sucias sandalias, pero en ese momento alguien gritó desde fuera.

—Pisón, llegan las tropas. Nos han descubierto. Nos han descubierto. Vayámonos antes de que sea demasiado tarde.

El jefe envainó su espada y ordenó a mis captores:

—Venga, rápido. Matadla vosotros, que sois cristianos —dijo saliendo.

Pero los otros seguían sujetándome mientras el que se había bajado el calzón permanecía quieto y cabizbajo.

—¡Joder, Marco! ¿No me digas que ahora no puedes? ¡Hazlo ya, *cunnus*! —le gritó el mordido.

Pero el tal Marco levantó levemente la mirada, balbuceó unas palabras excusándose, se dio la vuelta, se subió el calzón y se marchó.

Sentí cómo los dos hombres que me retenían aflojaban.

—¡Mátala! —ordenó tajante el que me sujetaba del pelo tirando hacia atrás, pero el otro lo miró silencioso durante unos momentos y respondió indeciso.

—No estoy seguro. Es que... es que es *nefas*.

En ese momento se escuchó un galope de caballos.

—¡Corre, que nos dejan! —exclamó aterrado el indeciso soltándome y marchando.

El otro me miró enfurecido, dio un último tirón a mi cabellera empujándome hacia atrás y golpeándome la cabeza contra el suelo, salió corriendo tras su compañero.

Todos parecían romanos, excepto Pisón, un corpulento pelirrojo, alto, narigudo y desgarbado, con un mentón prominente, los ojos verdes y pequeños para su estatura. Por su aspecto parecía de origen galo, seguramente un adorador de Mitra, como la mayor parte de los legionarios, aunque muchos, por temor, aparentaran estar cristianizados.

El frenético galope de los asesinos alejándose fue el último sonido que llegó a mis oídos en aquel terrible momento que cambió mi vida para siempre.

Aturdida por el fuerte golpe recibido, me desmayé.

Capítulo II

Yo tenía trece años y aquel aciago día, cuando todo empezó, podaba con Horeb los rosales que florecían sobre los arriates del patio de nuestra *domus* en el Campus Spartarius, cerca de Cartago Nova.

Mi padre, Julio Timeo Laelio, había heredado aquella hacienda de su padre, y así sucesivamente durante varias generaciones desde que nuestro más ilustre antepasado, Cayo Laelio, penetrara al frente de las naves romanas en el protegido puerto de la ciudad, rompiendo las líneas enemigas, mientras Publio Cornelio Escipión atravesaba con su ejército los humedales del almarjal que la rodean por el lado de poniente, traspasara las murallas de Cartago Nova y cambiara decisivamente el curso de la guerra, obligando al juramentado enemigo de Roma, Aníbal, a variar sus planes.

El heroico almirante Cayo Laelio regresó a Roma acompañando a Escipión en su desfile triunfal, siendo premiado con su acceso al Senado. Después regresó a la península hispana durante largos periodos de su vida, hasta que murió en la capital del imperio. Pero aquí se establecieron algunos de sus descendientes, casi todos ellos marinos, siendo así como nuestra familia, de noble origen romano, se hizo cartagenera.

Mi madre, Lucía Maesa, carecía de antepasados tan laureados, pero no por eso yo los quería menos. Mi abuelo, Pablo Magón Maeso, era de origen púnico. Había nacido en la renacida Cartago Nova, descendiendo de una familia de comerciantes que siempre se habían movido entre la antigua metrópoli africana y su anterior y poderosa

colonia. Asociados, mi padre y mi abuelo se dedicaban al comercio. Ambos dirigían una compañía que exportaba *garum*, dátiles, aceite, vino, aceitunas, esparto, púrpura y minerales, e importaba tejidos, perfumes, *silphium*, especias y otros productos exóticos de países lejanos. Además, mi abuelo Magón era el dueño de una naviera que transportaba todos esos productos a Cartago, Cyrene, Alejandría, Chipre, Atenas, Constantinopla, Antioquía, Massalia, Roma y no sé cuántas ciudades más. Mi padre trabajaba con él antes de convertirse en su yerno, pero hacía escasos días que mi abuelo, el auténtico sostén de aquella familia, había fallecido después de una corta y penosa enfermedad llenando de tristeza la casa.

Aquellas rosas que Horeb me ayudaba a cortar eran para su tumba, pero nunca llegaron a su destino.

Los días siguientes fueron los más penosos de mi vida. No los peores, que aún estaban por llegar, pero sí los más tristes.

Casi de un zarpazo, mi familia, todos los seres queridos que me rodeaban habían desaparecido. Primero mi abuelo, luego mi padre, mi madre, mi hermano, el viejo y amable Horeb, las cocineras, los sirvientes... Todos habían perecido, de la forma más cruel, en manos de una banda de asesinos.

Vivimos tiempos convulsos. El imperio y el emperador extienden los enormes tentáculos de su poder, de norte a sur, entre los sombríos bosques del centro de Europa y las tórridas arenas de los desiertos de África; de este a oeste, entre las azules aguas de la Hércules y el inhóspito mar Océano, pero las rencillas internas devoran la integridad del imperio, mientras la codicia devastadora de los bárbaros asedia las frágiles fronteras, provocando la inseguridad que reina por doquier.

Después de aquel día viví en la casa de mi tío Máximo, en Cartago Nova. Uno de los hombres que me encontró, semiinconsciente, le conocía y me llevó hasta allí.

Mi tía Elena me recibió cariñosamente, dolida por la tragedia que acababa de suceder. Mi tío lo hizo con la seriedad que siempre le caracterizó.

El recuerdo de aquellos días es horriblemente amargo. Pasaba las horas sentada en el atrio llorando, mirando aterrorizada hacia la puerta, como si esperase que en cualquier momento se abriese y aquellos hombres volvieran a entrar derrumbándolo todo, incendiando y matando. Recordaba a mi madre corriendo hacia mí intentando salvarme. Alguna vez, rompiendo el silencio, pronuncié su nombre entre amargos sollozos, pero ella no estaba allí. En su lugar, tía Elena intentaba consolarme, al igual que todos los sirvientes, pero nadie podía mitigar mi dolor, excepto el tiempo. Y el tiempo transcurrió.

Con la llegada del otoño, después de cuatro meses de encierro voluntario en aquella lujosa casa, sentí el irrefrenable impulso de salir. Era la época en que los grandes barcos solían llegar de los más lejanos puertos. Otros años mi abuelo o mi padre nos llevaban a mi hermano y a mí al muelle donde atracaban los enormes bajeles cargados de ricas mercaderías, regresando siempre con los mejores regalos.

Recordando aquellos felices momentos, accedí al deseo de mi tía de salir con ella a cambio de recorrer el puerto, y aunque no era lugar de su agrado, conseguí convencerla para que los porteadores nos llevaran hasta allí.

Los fuertes olores que desprendían los barcos, mercancía y hombres, a los que yo ya estaba acostumbrada, eran un tormento para mi tía.

—Nos vamos de aquí, cariño. Esto es peligroso para ti —dijo tropezando con todos los enseres, fardos, cajas, redes y demás artilugios que se esparcían sobre el sucio muelle.

—Quiero ver los barcos de mi abuelo —respondí dirigiéndome rauda hacia el fondo de la ensenada donde fondeaban.

Entre un bosque de palos, velas y cabos, busqué las negras telas que distinguían los barcos de la naviera Camino Azul, de mi abuelo. Cuando ya había recorrido más de la mitad del muelle, seguida de cerca por dos de los sirvientes que nos acompañaban, por fin vi tres de ellos, con sus velas recogidas en el último recodo del puer-

to. Corrí desesperadamente en busca de alguien conocido; tal vez el taciturno administrador y hombre de confianza de mi abuelo, Demetrio; o quizás alguno de los pilotos, Licinio o Bostar, pero al llegar a la puerta del viejo edificio de dos plantas que albergaba las oficinas de la compañía, dos guardianes armados se interpusieron en mi camino impidiéndome la entrada.

—Dejadme entrar, patosos. Esta es la compañía de mi abuelo —les dije jadeante y airada intentando desembarazarme de las peludas manos que me sujetaban.

Detrás de mí sentí las voces de los sirvientes gritando para que no me dañaran.

—¿Dónde está Demetrio? —grité—. Quiero ver a Demetrio —insistí golpeando el pecho de uno de los sabuesos, descargando sobre él toda mi rabia. El hombre apenas se inmutó.

—¡Dios mío, Julia! —escuché la voz de mi tía resoplando—. No le hagáis daño, ¡por Dios!

Y al instante me soltaron.

Los dos guardianes presentaron sus respetos a mi tía, a la que sin duda conocían. Entonces me senté de cuclillas y comencé a llorar amargamente, no sé si más dolida por el enrojecimiento de mi muñeca derecha o por la impotencia que me embargaba.

—No, santo cielo. Julia, hija mía. No llores —intentaba consolarme mi piadosa tía arrodillándose junto a mí y acurrucándose contra su pecho—. No debí traerte aquí —dijo culpabilizándose—. Todo esto es muy duro para ti, pequeña, pero debes comprender...

—Quiero ver a Demetrio, o a Bostar. ¿Dónde están? Ya sé que mi abuelo está muerto, y mi padre, y mi madre, todos —añadí sollozando—, pero quiero ver a alguien conocido. ¿Es que no queda nadie, aparte del tío Máximo y tú? —le pregunté mirándola fijamente a los ojos y con la cara bañada en lágrimas.

—No sé —balbuceó ella torpemente—. Demetrio, ese hombre que tú dices, ya no está aquí. Los otros... no sé quiénes son. Quizás estén navegando.

—Entonces, ¿quién lleva la compañía?

—Bueno..., tu tío. Pero verás, luego te explicaré —dijo levantándose y obligándome a hacer lo mismo.

Me percaté del grupo de curiosos que se había formado a nuestro alrededor, formado por marineros y estibadores malolientes a los que los guardianes intentaban contener alejándolos; entre ellos estaba el nervudo y larguirucho Bostar.

—Princesa —me llamó con el apelativo que siempre empleaba conmigo.

—¡Bostar! —grité preguntando por su barco—. ¿Y el Monte de Cedros?

—Está allí —dijo señalando la hermosa nave, sin aparejos, fondeada junto a otras tres—. Le están cambiando las velas.

—¿Por qué? —entonces miré el edificio de la compañía, observando que también había desaparecido el emblema pintado en su fachada: el ojo rojo de Melqart cruzando un palo azul ondeado y ribeteado de blanco; el mismo que siempre habían lucido los barcos de la naviera sobre sus negras velas púnicas.

Mi tía tiraba de mí y los guardianes, con la ayuda de varios soldados recién llegados, empezaban a dispersar a la multitud con sus garrotes.

Bostar echó a correr antes de que dos hombres le apresaran. Comprendí que su vida estaba en peligro si intentaba intervenir, callé y me dejé llevar.

De regreso a casa, después de recuperarse del sofoco, tía Elena me reprendió levemente, pero yo insistí sobre los barcos, la gente que conocía y la compañía, explicándome ella que tío Máximo se había hecho cargo de los negocios de mi padre y mi abuelo en nombre mío, puesto que era la única descendiente con vida. Cuando me casara, añadiría una gran dote, y no dijo nada más.

Tía Elena era una mujer corpulenta, gruesa y bonachona. Tenía entonces unos cuarenta años, el pelo lacio y negro, como los ojos. A su manera, creo que me quería. Ella y el tío Máximo no tenían hijos. Eran cristianos devotos y creyentes en la naturaleza divina

de Cristo. Mis padres eran gnósticos y toleraban una libertad de creencias que tío Máximo y tía Elena condenaban con vehemencia. Dentro de su extenso recinto, nuestra *domus* cobijó a unas cuarenta personas, entre ellas, además de gnósticos, arrianos, cristianos, adoradores de Isis como Horeb, devotos que sacrificaban a Mitra y seguidores de los antiguos dioses romanos y púnicos, provocando la discordia y enemistad entre ambas familias, sobre todo entre los dos hermanos. Hasta entonces no me había percatado de la importancia de aquel lance, que cobraba para mí una dimensión desconocida y perturbadora. Nunca había puesto en duda que los causantes de aquel horrible asesinato múltiple, del que afortunadamente escapé, fueron salteadores ávidos de botín.

Todos aquellos pensamientos se acumulaban en mi mente. Deseaba saber algo más y no sabía qué. O tal vez sí. Por ejemplo: volver al lugar de los hechos, conocer dónde estaban enterrados los míos, aunque eso supusiera reavivar el recuerdo de la atroz experiencia. Aprovechando la buena disposición de tía Elena, un día le dije:

—Quiero ver las tumbas de mis padres.

—Pero, hija, están muertos. No te conviene volver allí. Es horrible lo que pasó —dijo abrazándome compungida—. Es mejor que recemos por ellos.

Y eso hicimos.

Insistí, hasta que días después, tío Máximo accedió con la condición de acompañarnos escoltados por un fuerte contingente de soldados. Aunque no lo confesara, él se negó en principio, pero mi persistencia y los ruegos de tía Elena, temerosa de cualquier acción temeraria por mi parte, doblegaron su voluntad. Al cabo de unos días, con las primeras luces del alba, nos pusimos en camino hacia *Villae Spartaria*.

Una modesta tumba encerraba los restos de mi padre. A su lado, bajo un túmulo de tierra descansaban los de mi madre. A escasos pies estaban los de la mayor parte de los siervos. El de Horeb y los otros sirvientes paganos no se encontraban allí. Pero tampoco estaban los de mi hermano.

—Debieron de equivocarse o quizás lo enterraron con los paganos —respondió mi tía visiblemente preocupada y nerviosa—. ¡Dios mío! Máximo, hay que encontrar los restos del niño. Sería horrible que estuvieran enterrados con los paganos. Es nuestro sobrino.

Tío Máximo dudó un momento. Me miró de soslayo, como siempre lo hacía, rehuyéndome, y contestó evasivamente.

—Están con su padre. Seguro. Se olvidarían de poner la lápida.

Comprendí que estaba mintiendo, apoderándose de mí un terrible desasosiego. Los restos de Félix Timeo Laelio, mi hermano de nueve años, podrían estar enterrados por error con los sirvientes, pero también podrían no encontrarse allí. Si mi hermano murió dentro de la casa, cerca de mi madre, ella no hubiera sido capaz de huir como lo hizo, aunque fuera para intentar salvarme a mí. Pudo encontrarse fuera de la casa en el momento del asalto, como yo, probablemente jugando en el otro patio o incluso en las afueras del recinto, con sus amigos. Si lo asesinaron, quien enterró después los cadáveres por orden de mi tío tenía que haber reconocido el de mi hermano, como los de los demás. ¿Por qué, entonces, no se encontraba su tumba allí? Un rayo de esperanza pasó por mi mente. Quizás estuviera vivo. Y me obstiné, silenciosamente, en seguirlo hasta encontrarlo. Ignoraba cómo, pero me juré que lo haría.

La aldea que se extendía junto a la *domus* solo era un montón de piedras calcinadas, como *Villae Spartaria*. De regreso, a través de la ventanilla de la portezuela del *carpentum* que nos había trasladado desde la ciudad, saqué la cabeza, me quedé mirando fijamente el desolado paisaje y, mientras nos alejábamos, por mis mejillas caían unas lágrimas. No había ni un solo ser vivo. Sin duda, ellos también habían sido masacrados.

—No mires, cariño. Solo son los restos de las casas de unos esclavos —mi tía tiró de mí hacia atrás mientras el cochero arreaba los caballos.

Sentí rabia al adivinar el triste fin de aquellas pobres gentes. Nunca más volvería a sentir sus risas ni sus canciones, ni volvería

a jugar con mi amiga Ewa, la nieta de Horeb, que vivía en una de aquellas sencillas casas de piedra, adobe y esparto. Bajé la cabeza para esconder mis lágrimas. Detestaba la compasión de tía Elena.

Los caballos aceleraron el trote antes de cruzar la rambla. Instintivamente alcé la cabeza y miré en dirección hacia la mísera cabaña que se levantaba entre un bosque claro de olivos y algarrobos. Junto a un retorcido tronco, vi la figura de Taanach. Estuve a punto de gritar su nombre, pero recordé que su fama de bruja, curandera y sacerdotisa de los antiguos ritos paganos la hacían vulnerable y odiosa para muchos, casi tanto como solicitada por los más pobres, incluso a veces por los ricos, cuando alguna enfermedad desconocida los acuciaba.

Capítulo III

De regreso a casa había tomado la firme determinación de buscar a mi hermano, aunque ignoraba cómo hacerlo. Solo sabía que debía huir, pero... ¿y después?

Pensé que Bostar podría ayudarme a escapar y Taanach sabría algo, ya que era la única superviviente de aquella masacre, pero la posibilidad de contactar con la hechicera era remota. Encontré refugio a mi soledad en los libros de la biblioteca de tío Máximo, casi todos religiosos, pero en aquellas historias sobre mártires y santos, hallé algo más que el displicente y abnegado sacrificio de los personajes que los poblaban, la posibilidad de soñar.

Si aquellos devotos y abnegados creyentes defendieron su fe con firmeza propagándola por doquier, viajando a los más remotos lugares, ocultándose, organizándose, enfrentándose a las persecuciones y los tormentos más atroces sin desfallecer, seguros de conseguir, incluso, y sobre todo a través del martirio, el paraíso soñado, ¿por qué no podría conseguir yo el mío —aunque solo se tratara de un sueño terrenal— encontrando a mi hermano?

Pronto aquellas historias se me hicieron repetitivas, pero como la mayoría de ellas estaban escritas en griego, eso me permitió practicar una lengua que mis padres me enseñaron desde pequeña y que se estaba perdiendo, casi tan rápidamente como la memoria y las obras de los sabios que la emplearon durante cientos de años, condenada al ostracismo por el pensamiento reinante.

A falta de otras, perseveraré en la lectura de aquellos libros bajo la cauta atención de tía Elena, que no conocía más idioma que

el latín y se admiraba por mi repentina dedicación a la literatura religiosa.

—Julia, no te imaginas lo feliz que me haces viéndote leer esos libros.

—Gracias, tía, pero los he leído casi todos y pronto ya no tendré ninguno más para leer —le respondí una de aquellas veces que se acercó a mí, zalamera, instigándome a compartir con ella los cotidianos rezos.

—¡Oh! Por eso no te preocupes. Creo que sé dónde hay más —dijo con aire intrigante.

Y al día siguiente uno de los sirvientes de la casa trajo a mi habitación cuatro pilas de libros y legajos, llenos de polvo. Casi todos estaban escritos en griego y trataban sobre temas religiosos. Al observarlos más detenidamente reconocí algunos de ellos en una pila que el siervo de pelo ensortijado había dejado junto a un brasero. Ansiosa, los examiné y me admiré al tener en mis manos unas copias de las *Filípicas* y *De República*, de Cicerón, de las *Sátiras Menipeas* de Varrón, de las *Historiae* de Salustio... Aquellos libros eran un tesoro y, si no me equivocaba, habían salido de la biblioteca de mi abuelo. ¡Tantas veces los había visto en las estanterías de aquella casa adonde nunca más regresé!

Comencé a pensar: mi tía, que apenas sabía leer, con la mejor voluntad, ordenó a Mario que me trajera aquellos libros que tío Máximo —que se hallaba de viaje—, guardaba en una habitación de la casa, desconociendo que en realidad su marido los tenía escondidos.

Cuidadosamente los limpié y los ordené. Después hice lo mismo con el montón de legajos, casi todos ellos correspondencia de mi tío.

No sabía por dónde empezar, así que, tomándome un descanso, me entretuve leyendo algunas de aquellas cartas. Las había de índole comercial, pero la mayoría se referían a asuntos públicos. Máximo Laelio era el hermano mayor de mi padre y aunque físicamente se parecían, tenían caracteres muy diferentes. Tío Máximo

era abogado, pero desde muy joven se dedicaba a los negocios del Estado. Había viajado a la corte al menos en dos ocasiones y siempre había regresado con notables prebendas en forma de títulos, cargos y concesiones que le otorgaban un gran poder, además de riquezas. Era el prefecto imperial, pero no se conformaba con ser una de las máximas autoridades de una ciudad moribunda, como Cartago Nova, y aspiraba a un cargo palaciego en la corte. Mi padre, por el contrario, siempre detestó la política.

Tío Máximo poseía un carácter severo y adusto, apropiado al cargo que ejercía, el porte noble y orgulloso de los Laelios, que lucía vistiendo ricas telas de importación, además de las finas túnicas ribeteadas de púrpura en todos los actos públicos, como correspondía a su cargo.

Nunca le vi reír, aunque, a decir verdad, tampoco airado ni aparentemente preocupado. Su rostro era hierático, muy moreno y con profundas arrugas. Tenía los ojos negros, el mentón prominente de los Laelios, las manos grandes y velludas, un cuerpo más fornido y recio que el de mi padre, aunque poseyera una estatura semejante.

La correspondencia comercial de tío Máximo hacía mención a las minas de plata de la sierra (1), de las que él poseía la concesión mayoritaria sobre su explotación desde que el anterior emperador, Graciano, le ampliara su concesión inicial después de la muerte de Lucio Calpurnio, un anciano patricio romano acusado de paganismo y ajusticiado, junto a toda su familia, tras descubrirse las pequeñas estatuillas de los dioses penates familiares que escondía en unas ocultas estanterías y quemar incienso ante el pedestal sobre el que había estado hasta hacía poco la estatua de la Victoria, en ocasión de una batalla ganada por las tropas imperiales a los bárbaros en la Galia.

Casi todas aquellas cartas trataban sobre los bajos precios del metal, pese a la menguante cantidad que miles de desgraciados esclavos y prisioneros conseguían arrancar a las exhaustas entrañas de la tierra en forma de reluciente tesoro, que luego se embarcaba

hacia Italia, donde solo llegaban los afortunados que no sufrían el asalto de los piratas que señoreaban sobre el mar o eran víctimas de naufragios que devoraban para siempre hombres, barcos y plata.

Aquellos asuntos de mi tío en realidad no me preocupaban; sin embargo, me deleitaba leyéndolos porque, aunque en un lenguaje hosco para mí, hablaban sobre viajes, comercio, historias que de alguna manera me enseñaban la cotidiana realidad que me rodeaba.

Me detuve a pensar si estaba obrando bien o mal. Mi padre o mi madre me hubieran reprendido, pero ellos ya no estaban allí y yo necesitaba liberar mi imaginación, así que seguí haciéndolo en la certeza que mi tío no regresaría en varias semanas.

Uno de aquellos ráidos papeles despertó mi curiosidad cuando llevaba leídas unas cuantas líneas; volví sobre el principio y leí con detenimiento.

Bienamado Máximo:

Hace escasos días que partí de la corte imperial, donde conseguí una nueva audiencia con él comes sacrarum largitionum, que me recordó los problemas del aerarium sacrum que tan dignamente gobierna y la imposibilidad de aumentar la cantidad de plata en las acuñaciones por los diversos motivos que tu bien conoces. No obstante, el clarissimi, a quien hice llegar tu mensaje, dijo compartir tu preocupación por el creciente y próspero comercio de compañías privadas, propiedad de ciudadanos cuya fidelidad al emperador es dudosa y sus convicciones religiosas aberrantes.

Mientras el emperador, los nobles jerarcas y los santos obispos se entregan con denuedo a su ardua tarea de engrandecer el imperio y llevar a los gentiles, incluso a los bárbaros, la palabra de Dios, sacrificando en su empeño hasta el último denario, esos viles mercaderes, amparándose en nuestro sacrificio, llenan sus arcas y constituyen una competencia desleal y un peligroso enemigo para el nuevo orden económico que el emperador desea implantar.

Difícilmente pueden prosperar las gráciles concesiones que se otorgan a los fieles ciudadanos como tú mientras astutos e infieles comerciantes

como Pablo Magón Maeso se embolsan grandes beneficios asegurándose el buen arribo de sus barcos repletos de mercancías, gracias a sus pactos con los piratas, quienes a cambio desvían sus ataques contra nuestra flota, a menudo desprotegida, mientras nuestros mejores oficiales, al mando de las escuadras, se esfuerzan en contener el acoso de los bárbaros en el Rin y en el Danubio.

Apoyo tu decisión de poner fin a este orden de cosas en esa provincia. Eso ayudará, sin duda, al buen orden, a la prosperidad del imperio, y también a tu carrera como servidor del emperador. Espero que nada tengas que objetar sobre el hombre que te envió, y en quien confío, para poner fin a los males que te aquejan, pero aunque ese Pisón es un servidor fiel y un hombre sin escrúpulos, no has de dejar rastro, y debes silenciarle de inmediato.

Espero tener pronto noticias tuyas de nuevo. Yo emprendo viaje hacia Arelate, en la Galia, como praefectus de Flavio Claudio Constantino.

GERONCIO.

Me sentí desfallecer al releer aquellas líneas, negándome a entender las evidencias que insinuaban. La carta estaba fechada en febrero de aquel mismo año, meses antes del aciago día. No aparecía el nombre de mi padre, sino el de mi abuelo, pero sin embargo, se hablaba de un tal Pisón... Sentí ansias de llorar, de gritar o de huir, pero no hice nada de eso. Hubiera resultado inútil, así que seguí rebuscando entre aquellos papeles y hallé otra carta, más reciente, firmada por el mismo Geroncio y fechada en agosto, en Arelate.

Querido Máximo:

Me alegro de saber que tus problemas empiezan a solucionarse. Sin duda fue una suerte que el viejo Magón muriera de enfermedad, y un gran acierto por tu parte que decidieras valientemente emplear a los hombres contratados para acabar con los herederos de su negocio, su hija y tu hermano, impidiendo que el problema subsistiera. Sé que ha supuesto para ti una acción penosa, al fin y al cabo, se trataba de tu familia, pero debes consolarte pensando que has realizado un acto

noble y piadoso. Desgraciadamente para ellos, no solo eran taimados comerciantes púnicos, sino también empedernidos herejes.

Comparto tu dolor, no ya por la muerte de tu hermano, sino por la perdición de su alma, que empezó en el momento en que unió su destino al de una mujer y una familia obstinadamente desviadas.

Conoces bien mi opinión al respecto, que comparto contigo, y no me cansaré de intentar incidir en el emperador, a través de sus clarísimos ministros, para que su corazón no ablande su brazo justiciero y descargue el merecido castigo sobre las cabezas de todos los apóstatas, paganos y herejes, entre los cuales, negando la consustancialidad y la divinidad de Cristo, se significan los púnicos, casi en la misma medida que sus atroces asesinatos, los judíos.

Sin embargo, no comparto tu preocupación por la supervivencia de la niña, tu sobrina. Creo que eso te beneficia, puesto que, habiéndola acogido en tu casa como una hija, y adoptándola, alejas cualquier atisbo de sospecha que alguien intentara levantar por el mero hecho de apoderarte de todos los negocios de tu hermano y su suegro, convirtiéndote así no ya en el hombre con más poder en esa ciudad, sino también en el más rico.

La niña, como mujer, no heredará nada, solo se beneficiará de la dote que tú quieras otorgarle. Por otra parte, considerando que tú no tienes hijos, eso te permite disponer de ella para un enlace de interés político o económico para ti. Estoy convencido de que ya habrás pensado en ello. Si fuera menester, puedo darte algunos nombres de jóvenes o viudos que reúnan las condiciones adecuadas.

Sin embargo, sí me preocupa que tu sobrino pueda estar vivo, como dices. Si fue raptado por alguno de aquellos depravados mercenarios que escaparon, lo más probable es que perezca en manos de esos desalmados. Si sobreviviera, por su corta edad, pronto habrá olvidado hasta sus raíces; pero si por alguna insospechada razón, alguien le reconociera y ayudara a reclamar sus derechos, como único varón, le correspondería la herencia de todos los negocios que hoy obran en tus manos. Sobre estos temas, sin duda, tú posees mayor instrucción que yo, pero te recuerdo el peligro que representa y la imputabilidad que pudiera hacer contra

ti. Te aconsejo que encuentres a los mercenarios fugitivos, indagues el posible paradero de tu sobrino y los elimines a todos.

Solucionado este asunto, espero que pronto vuelvas a la corte, si es posible este mismo año, y podré alabar tus méritos y tu fortuna ante los sabios oídos de los consejeros imperiales, que no dudarán en apreciarlos e intercederán por los altos cargos que tanto mereces.

Mientras, y si no tienes inconveniente, deseo que entregues a mi banquero la parte que me corresponde en este negocio.

GERONCIO.

El papel cayó de mis manos, me quedé quieta y anonadada hasta que la voz de mi tía me hizo despertar a la realidad.

—Julia, hija mía. Llevas todo el día leyendo. Vas a enfermar.

—No, tía —acerté a decir—. Son historias preciosas y ya las he leído casi todas. Le ayudaré a Mario a ponerlas como estaban. No quiero que tío Máximo se enfade por haberle tocado sus libros. Será mejor que no se entere —añadí con cautela esperando su respuesta.

—No te preocupes, pequeña. Tío Máximo seguro que no se enfadará, pero si no quieres que lo sepa, no se lo diremos.

La ingenuidad de mi tía casi me exasperaba. La perfidia de Geroncio, reflejada en aquellas cartas me atemorizaba. La sórdida voz de Máximo Laelio, el cruel asesino de toda mi familia, que adivinaba a través de las respuestas del otro, me horrorizaba. La propia voz de mi conciencia, a la que escuchaba analizando y divagando sobre la macabra historia que acababa de descubrir, completaba el horroroso episodio vivido y me helaba la sangre.

Ignoraba qué hacer, temiendo, además, que mi propia indecisión me descubriera. Durante algunos días anduve como ausente, incapaz de hacer ni de decir nada. Por suerte, como siempre, tía Elena tuvo la feliz idea de atribuir mi estado de ánimo a la supuesta lectura de tantas vidas sobre mártires y santos.

A la mañana del siguiente domingo me sentí un poco indispuesta. En realidad, no me ocurría nada de importancia, aparte de

tener la menstruación, pero el día antes, tía Elena había anunciado, gozosa, el regreso de su esposo en cuestión de días y eso me ayudó a decidirme.

Tenía preparada una pequeña escalera que me serviría para subirme al muro del patio y salir a la calle lindante con la colina de Aletes, en aquella parte frondosa y poco transitada, y de allí a la de Kronos. En pocos minutos accedería a la puerta norte de la muralla. A esa hora, numerosos campesinos irían a vender sus mercancías en el mercado. En un pequeño hatillo guardaba una basta capa de campesina, robada del ropero de los sirvientes, que me serviría para pasar desapercibida delante de la guardia que custodiaba la puerta de entrada a la ciudad. Cuando mi tía me dijo que se iba a misa y me dejaba al cuidado de los sirvientes de la casa, comprendí que había llegado el momento de actuar. Dejé pasar unos minutos; salí de mi *cubiculum*, crucé sigilosamente la casa y el patio; con esfuerzo, salté el muro lisiándome las manos y tropicando, caí al suelo.

Miré a un lado y a otro. No había nadie. Hacia la izquierda la calle bajaba hasta el puerto. Allí estarían amarrados los barcos que fueron de mi abuelo, y tal vez Bostar o algún otro timonel conocido. Pero una muchacha sola, en aquellos lugares, corría un gran peligro. Además, era invierno, y en esa época, aunque no hacía frío, ningún barco levantaría anclas alejándose del abrigado puerto para arriesgarse al encrespado mar. Hacia la derecha la calle serpenteaba rodeando la colina en cuya cima se esparcían las negras piedras que formaron el tétrico templo de Baal Moloch, después atravesaba un barrio de sencillas casas de *humiliores*, desembocando frente al enorme portalón de la muralla. Más allá, la antigua Vía Augusta se abría paso hacia el norte entre cientos de monumentos funerarios paganos, bastante deteriorados.

Después de una prolongada pendiente, a la izquierda de aquella larguísima calzada que llegaba hasta Roma, también conocida por el nombre de Vía Hercúlea porque, según una leyenda que un día me contó mi abuelo, la levantó el mismo Hércules en una sola

noche con los bueyes que le robó al monstruoso rey de Gades, Gerión, después de matarlo, todo eso en tiempos del legendario Tartessos, pero que en realidad habían construido nuestros antepasados seiscientos años antes, ahora se hallaba casi en ruinas, se alzaba el más bello. Era una larga columna cónica acabada en una piña y levantada sobre un basamento cuadrado. Allí estaban enterrados, me dijo un día mi padre, los primeros sucesores de nuestro glorioso antecesor, Cayo Laelio.

Me detuve un momento ante el majestuoso templete y, no sé por qué, recé una oración. Aunque aquellos antepasados no eran cristianos, sin duda ellos fueron fieles a su tiempo, a su ciudad, a sus costumbres y a sus dioses. ¿Por qué no iban a merecer mi plegaria? Me santigüé, antes de proseguir calzada hacia delante, llevando la incertidumbre y el miedo a mis espaldas, camino de la cabaña de Taanach.

